

# CAPITULO II

CONFIDENCIAS

I

A campana del convento de agustinas de Santa María de Gracia, en la ciudad de Ávila, había anunciado la hora de recreación. La huerta era grande y bien cultivada: las hortalizas extendían en la tierra sus anchas y lustrosas hojas : los árboles mecían sus ramas cargadas de sabrosos frutos : rosales y enredaderas cubrían los muros de variados tapices, y aquí y allá, grupos de plantas llenas de flores alegraban los ojos y perfumaban el ambiente; algunas educandas corrían por las estrechas y arenadas calles como una bandada de mariposas, mientras otras se divertían en arrojar pedacillos de pan á varios patos blancos como la nieve que nadaban en un ancho estanque, y que con sus ojos brillantes como rubíes seguían todos los movimientos de sus infantiles proveedoras. Ocupadas en vigilar los inocentes recreos de estos grupos alegres y bulliciosos, las religiosas paseaban gravemente, ó sentadas en los bancos de piedra se abstraían en místicas lecturas.

Apoyada en el tronco de un copudo castaño, y embebida en silenciosa meditación, estaba una doncella vestida como las pensionistas, en la cual era fácil reconocer por su hermosura á la noble hija de Alonso Sánchez Cepeda. Los tres años pasados desde la muerte de Doña Beatriz le habían dejado nuevos atractivos para aumentar la simpatía que inspiraba desde niña. Indiferente á los juegos de sus compañeras, dejaba vagar sus miradas sin fijarlas en objeto alguno; diríase que ni el ruido llegaba á ella; así, al verla tan hermosa y tan serena, adivinábase que gozaba su espíritu uno de esos momentos de calma cuya memoria es el mayor consuelo en las amarguras de la vida.

II

Rato hacía que una religiosa anciana miraba á Teresa, complaciéndose, al parecer, en la expresión de aquel rostro encantador; con frecuencia venían á distraerla las educandas; pero aunque no le agradase, prestaba atención á sus infantiles querellas, dulcificaba los ánimos y las despedía juzgadas y consoladas, volviendo luego á su observación.

Doña María Briceño era el nombre de esta señora, cuya bondad é inteligencia la hacían una de esas criaturas que pasan por el mundo para dejar en él la estela de sus méritos y virtudes. El

espíritu había llegado á dominar al cuerpo de manera que su vida era como el perfume de un incienso purísimo, elevado sin cesar ante el trono de su Creador. Las arrugas propias de la avanzada edad que alcanzaba, no surcaban el pálido marfil de su frente; los ojos, dulces y claros, tenían siempre miradas compasivas para los sufrimientos de sus semejantes, y de inmenso amor para el cielo. Sus labios se entreabrían sólo para dar consuelos ó aconsejar con prudente suavidad; era un alma que no ligaban á la tierra otros lazos que los de la caridad más ardiente; sólo ella no comprendía la grandeza de sus méritos, y cuanto más se humillaba entre sus hermanas, más placía al Señor elevarla con dotes extraordinarias: decíase, procurando no lo entendiese, que algunas religiosas habían visto desprenderse del espacio una estrella y desaparecer en su pecho; así, el respeto que le profesaban era tan grande que se oían sus palabras como sentencias de perfecta sabiduría.

No se crea por lo que decimos que la buena religiosa, abstraída en las místicas delicias de sus santas contemplaciones, se descuidaba en el exacto cumplimiento de sus deberes, por penosos que fueran; ninguna más capaz que ella para instruir á las pensionistas, vigilar sus juegos en las horas de recreación y guiarlas siempre por el sendero de la virtud; mas á pesar de que nunca disimulaba ni la falta más leve, era amada de todas con tiernísimo y filial afecto.

Si nos hemos detenido en la descripción de este verídico retrato, es porque la influencia de alma tan justa fué grandemente provechosa á la

niña Teresa; hacía un año que ésta había sido llevada al convento, y los primeros días de su estancia en él se le hicieron amargos en extremo; sombría y preocupada, callaba sus penas, pero no sabía ocultarlas; y alarmada entonces la ternura de Doña María, acudió al remedio con la prontitud que tan delicada situación reclamaba. ¿Qué afligía á la hermosa adolescente? ¿Por qué sus ojos se llenaban de lágrimas cuando todo se reunía para halagarla? La religiosa aparentaba no advertir aquellas tristezas, pero siempre tenía un buen consejo, una dulce palabra ó una piadosa lectura para distraerla y consolarla; esta prolija labor de caridad dió pronto admirables frutos; Teresa se hallaba cada día más contenta en la casa de Dios; á las nubes que obscurecían su frente sucedieron risas alegres como las alboradas de primavera, y Doña María, profundamente conocedora del corazón humano, comprendió que, aunque nada hacía para provocarlas, en breve recibiría las confidencias de aquel alma.

Hemos dicho que esta tarde observaba á la niña, y sin que ella lo notara se acercó suavemente; pero la ligera sombra que proyectó fué bastante para distraerla de sus pensamientos.

—Perdone Su Reverencia, —dijo como si se excusara.

—¿Y qué he de perdonarte, hija mía?—repuso con afabilidad la religiosa.—En nada se puede ocupar con más provecho el tiempo de recreación que en meditaciones piadosas y dignas de la gloria del Señor, cual me parecen que han de ser las tuyas ahora mismo.

-¡Ojalá fuera así! Pero hay tanta vaguedad

en mis ideas, que me sería imposible explicarlas.

-Entiéndelas el Señor, que te las inspira, y esto es bastante; cuando quiera que puedas decirlas, iluminará tu inteligencia y abrirá tus labios para que cantes sus alabanzas.

—¡Oh! Si alguna vez lograra dominar la ruindad de mi espíritu y ensalzarle de continuo,

¡qué dichosa sería!

Al hablar así la maestra y la discípula, habían empezado á pasear, y se detuvieron junto á un banco rústico, situado en lo más solitario de la huerta. El sitio era agreste y delicioso; algunos naranjos le daban sombra, y de uno en otro se enlazaban vistosas enredaderas, formando una bóveda de frescura y verdor; veíase desde allí jugar á las niñas sin que el ruido turbara el agradable sosiego, que sólo interrumpía el manso rumor de una fuente medio oculta por las altas hierbas que la rodeaban. Sentóse Doña María, é invitada por ella, Teresa se colocó á su lado muy contenta de tal distinción.

### III

Profundo silencio reinó durante largo rato entre aquellas dos criaturas tan á propósito para comprenderse y amarse. La hija de Cepeda, hondamente conmovida, sentía nacer en su corazón afectos de tierna melancolía y suavísima dulzura, entre los que descollaba una simpatía irresistible hacia la que hasta entonces había sido su maestra; el respeto se trocaba en confianza, y ésta la movía á tomarla por amiga y consejera; si algún recelo pudiera quedarle, el recuerdo de las

25

bondades que le debía, y sobre todo aquella dulce mirada que se infiltraba en su alma, hacían cada vez más necesario este cambio en sus mutuas relaciones.

Bien comprendía la religiosa los sentimientos que agitaban á su querida discípula; mas sin parecer advertirlos, miró en torno de sí con íntima satisfacción y exclamó:

— ¡Bendito sea mil veces el Señor, que tanta paz concede á los que de corazón se la piden! Cada día me hallo más alegre en mi retiro, y no trocaría esta felicidad por ninguna de la tierra.

Teresa suspiró é inclinó la cabeza; no comprendía la grandeza de los sentimientos que inspiraban tales palabras, porque la vida consagrada al trabajo y la penitenciaes pantaba su corazón, acostumbrado al regalo y bienestar de la esfera en que había nacido.

— Yo, hija mía, — añadió la anciana llevando con mucha naturalidad la conversación al terreno de las confianzas, — soy una prueba viva de la misericordia de Dios. ¡Por cuántos caminos me ha llamado, y de qué medios se ha valido para ganarme el corazón! ¿Sabes lo que me trajo á ser religiosa cuando más lejos de ello estaba mi ánimo? La lectura de los Santos Evangelios: aquellas palabras de que muchos son los llamados y pocos los escogidos, me decidieron á trabajar todo lo posible por ser uno de éstos. ¡Y qué premios otorga Su Majestad á los que dejan, por seguirle, cuanto poseen! ¡Cómo se marcha sin pereza, se sufre con alegría, se olvida la tierra y se piensa sólo en el cielo!

-¡Ay, madre, -exclamó tristemente la ni-

ña; — para hallar fácil el servicio de Dios es preciso ser santa, como lo es Su Reverencia!

—¡Dulce Jesús mío! No pienses ni digas semejante locura; soy la más ruin de las pecado-

ras; no lo olvides jamás.

— Si juzgáis así vuestra vida, consagrada como está á tan santos deberes, ¿ qué diréis de la mía? Escúcheme Su Reverencia por caridad: quiero decirle las miserias que me acongojan, y deme por Nuestro Señor algún consejo, que harta necesidad tengo de él.

-Habla, hija, y confiemos en que Dios me

iluminará para tu bien.

Teresa meditó algunos instantes, y después empezó así:

#### IV

—No sé, madre, cómo llevar á vuestros oídos el relato de todas mis malas obras; mas como creo que sólo viendo lo grave de la llaga se le puede aplicar saludable medicina, ha de perdonarme que lo diga.

-Buenánimo, y desecha todo temor; la franqueza y la verdad son siempre dignas de ala-

banza.

La hija de Cepeda fijó en Doña María sus grandes y negros ojos; los de la religiosa expresaban tanta bondad, que la niña sintió con más vehemencia el deseo de confiarse á ella, y prosiguió:

—Pues Vuesa Reverencia conoció á mi madre, inútil es que le pondere sus virtudes; eran tantas, que bien podían haberme servido de perfecto modelo; mas fué tal la ruindad de mi alma «que

de todo lo bueno que en ella vi no tomé nada, y el solo defecto que tenía, al llegar á uso de razón me hizo mucho daño. Era aficionada á leer libros de caballerías, y no tan mal tomaba este pasatiempo como yo lo tomé, pues no perdía su labor por ellos; antes bien sólo ocupaban sus ratos de ocios, que bien pocos eran. Quizá dejábase llevar de tal distracción para no pensar en grandes trabajos que tenía, y ocupar á sus hijos para que no anduvieran en busca de otras más perjudiciales. Disgustaba esto tanto á mi padre, que se había de tener cuidado no lo viese.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. II, núm. 1.)

Doña María movió pesarosa la cabeza, pero

nada dijo, y Teresa continuó:

-«Empecé à traer costumbre de leerlos también, y á enfriarme los buenos deseos que desde muy niña sentía mi corazón, y seguí en faltar á lo demás, pareciéndome no era malo, aunque gastaba muchas horas del día y aun de la noche en tan vano ejercicio, siempre á escondidas de mi padre. Era á tal extremo lo que en esto me embebía que, si no tenía libro nuevo, no hallaba contento en nada. Comencé á traer galas y á desear parecer bien, con mucho cuidado de manos, cabello y olores, y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas por ser muy curiosa. No tenía mala intención en ello, os lo aseguro, pues por nada querría que se ofendiera á Dios por mí.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. II, núms. 1 y 2.)

—¡Buenos deseos si las obras hubieran estado conformes! — dijo sencillamente la religiosa; ya ves qué naturaleza la nuestra tan llena de fragilidades, que saca el mal de todas partes; por eso debemos vigilar siempre, para no caer en tentación; pero sigue: te escucho con sumo interés.

— De día en día se despertaban en mi corazón nuevos sentimientos y extraños caprichos; desdeñaba mis ocupaciones habituales; me entregaba por completo á la lectura, cuyo encanto me dominaba, y como consecuencia de esta disposición de ánimo olvidaba á Dios y dedicaba al mundo todos mis pensamientos.

-Natural era que sucediese; una falta, por leve que sea, es el primer eslabón de una larga

y pesada cadena.

-; Ay, bien lo he conocido! «Tengo una hermana de cuya honestidad y bondad, que tiene mucha, no tomé nada; en cambio me hizo grave mal el trato de una parienta que visitaba mucho en casa. Era tan poco ajuiciada que mi madre había procurado impedir que viniera, y parece que adivinaba el daño que había de hacerme; pero no pudo conseguirlo. Con ella eran mis confianzas, porque me ayudaba en todos los pasatiempos que yo quería, dándome también parte de sus delirios y vanidades. Mi padre y hermana sentían mucho esta amistad, y me reprendían; pero como no podía imperdirla ir á casa, nada adelantaban. En fin, no hacía tres meses que andaba en tan vanas ideas, cuando un día mi padre me trajo á este monasterio, aprovechando la coyuntura de haber casado mi hermana y no parecer bien quedar sola niña y sin madre.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. II, núm. 3.)

—¡Nunca agradecerás bastante al Señor lo que en esta ocasión te ha protegidó! La inocencia no puede comprender los peligros que la amenazan. ¡Culpables condescendencias y miramientos sociales! ¡Cuántas veces, por no ofender á estos vanos ídolos, se permite la entrada en el sagrado del hogar á personas que llegan á ser la ruina y desgracia de las familias!

Teresa escuchaba como si nuevas luces surgieran para iluminar el abismo á cuyo borde había estado; las palabras de su maestra le llegaban al corazón.

—¿Y ha sido sólo la separación de esa amiga íntima, y la pérdida de sus frívolas palabras, lo que te ha causado la pena que mostrabas los primeros días de tu estancia entre nosotras?—preguntó Doña María tras de breves instantes de silencio.

—No por cierto; que muchos pesares se han reunido para llenar mis horas de tristeza, y mis noches de insomnios y lágrimas. El estar por primera vez apartada de mi familia; el cariño que sentía por la que ahora comprendo que era mi ángel malo; la novedad de hábitos y ocupaciones, todo me afligia; después, la memoria de mi desobediencia, vanidad y disimulación, el pensamiento de lo que he ofendido á Dios y la bondad suma con que me ha llamado misericordioso, cuando hubiera podido castigarme justiciero, me ha hecho también derramar amargo llanto, así como el temor de no estar tan desprendida de afectos de la tierra, cual fueran mis ardientes deseos.

-Tu historia, hija mía, es igual á la de otras doncellas á quienes también ha combatido el enemigo de las almas desde los primeros pasos de su vida; mas ya que tienes la ventaja de haber llegado con tiempo al aprisco del Buen Pastor, sírvate para fortalecer tus sentimientos de virtud, y seguir con planta firme el camino que te señale el Eterno.

—«Espántame el daño que puede hacer una mala compañía', —dijo la hermosa niña; — si yo hubiera de aconsejar á los padres, les diría que tuviesen gran cuenta con quien tratan sus hijos, ya que nuestro natural se va siempre á lo peor más bien que á lo mejor.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. II, núm. 3.)

—Condición es ésa de la humanidad. Y dime, ¿te han dejado en paz tus amistades desde que

estás aquí?

—No del todo,—repuso Teresa con ligero rubor;—antes me han querido desasosegar muchas veces con razones y muestras de interés, en tanto que el enemigo me daba guerra como podía.

-¿Y qué has hecho?

—Encomendarme á Dios y á Nuestra Señora, y no hacer caso de nada ni de nadie; pronto, sin embargo, he recibido el premio de mi trabajo por vencerme, pues cada día me hallo mejor. «La paz de esta casa, la gran honestidad, religión y recatamiento de sus hijas, y el amor que mi padre y hermanos me profesan, hacen que mi alma se torne cada vez más á su edad primera, y conozca la gran merced que le ha hecho Dios en ponerla en compañía de buenos.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. II. Espíritu y palabras del núm. 4.)

-Si tal piensas, la llaga que decías está cu-

nes de su vida.

rada con el bálsamo eficaz de la gracia divina; persevera en tus buenos propósitos, hija mía, y ten presente que no hay dicha ni gloria en el mundo que valga lo que la paz y rectitud de la buena conciencia.

—Algunas veces deseo, como deseaba en mi infancia, inclinarme al estado religioso; pero cada día siento menos voluntad de ser monja.

—No te ocupe el porvenir; en todas las circunstancias de la vida pueden las criaturas servir al Señor y aspirar á la santidad.

El toque de la campana que anunciaba haber cesado la recreación, vino á interrumpir este diálogo. Ambas se levantaron: Doña María, alabando interiormente á Dios por el tesoro de perfecciones con que había enriquecido el alma de su querida discípula; Teresa, alegre, consolada, dispuesta á poner en práctica los sanos consejos que había recibido, y á cifrar en el cielo todas las aspiracio-

1000



## CAPITULO III

I

#### EN CASTELLANOS

fines de aquel invierno, y un poco antes de cumplir sus quince años, cuando la salud y la hermosura parecían brindarle largo tiempo de felicidad, enfermó gravemente la hija de Cepeda, y en breves días llegó á peligrar su existencia.

Este acontecimiento llenó de pena á la Comunidad, hasta el punto de que todas sufrían extraordinariamente por la dulce y querida enferma; las pensionistas no ocultaban sus lágrimas; las religiosas tenían que dominarse para no pedir á cada momento noticias de ella, y Doña María Briceño, un poco más pálida que de costumbre, silenciosa y vigilante, aumentaba el rigor de sus penitencias, á la vez que llenaba escrupulosamente sus múltiples deberes.

A medida que la gravedad crecía, el desasosiego de los ánimos era mayor.